

VI

EL MARTIRIO Y SUS TORMENTOS (V)

(HEROÍSMO MATERNO)

Los 40 mártires de Sebaste. — En el martirio de San Román

Un filósofo pagano exclamó una vez, impresionado ante la grandeza moral de la mujer cristiana primitiva: «¡Qué mujeres tienen los cristianos!»

En realidad esa ha sido siempre, y lo fué de un modo particular en la edad primera, una de sus notas características. La prudencia de las mujeres cristianas en el aprecio y enjuiciamiento de las cosas, sus respuestas a los jueces llenas de la más alta sabiduría y, sobre todo, su valor invicto, su heroísmo ante el dolor y los tormentos, nada superior se conoce en la Historia.

Perpetua y Felicitas, Blandina, Inés y Eulalia, dejaron la más honda impresión aun en los tiranos más encarnizados.

Expongamos algunos casos de heroísmo materno. Podríamos prodigar los ejemplos, pero nos bastan dos que nos servirán como de muestra.

Los 40 mártires de Sebaste

Son ya tiempos de paz para la Iglesia, unos años después del Edicto de Milán.

Constantino lo había cumplido exactamente y aun mostrado grandes simpatías por el Cristianismo y héchole los más apreciables beneficios, pero no así el otro augusto signatario, el impío Licinio.

Llevado de su animosidad contra el triunfador del Puente Milvio, empezó a hostilizar a los cristianos. La persecución la llevó hasta el ejército, al cual quiso obligar a ofrecer sacrificios a los dioses del Imperio,

Se encontró, como era de prever, con la oposición de muchos, especialmente con la de la Legión benemérita llamada *Fulminata*, de brillante historia militar, y en la que había algunos cristianos.

Cuarenta soldados son condenados a muerte por su obstinada negativa al cumplimiento del imperial mandato, pero a una muerte de crueldad refinada, a la congelación. Los presuntos mártires redactan por su propia mano el testamento, que es un bellísimo documento cristiano. Casi todos son jóvenes. Uno saluda a su mujer e hijito, otro a su novia, los demás jóvenes solteros exhortan a sus padres a prescindir de los bienes deleznales de la vida y pensar en los eternos...

En una noche de frío intenso de invierno, los mártires son conducidos a un estanque helado e introducidos en él completamente desnudos. Allí pasan toda la noche con heroísmo insuperable hasta la muerte...

Para mayor refinamiento de malicia, contiguo al estanque frío han puesto un depósito de agua caliente procedente de las termas. Era una tentación continua y tremenda que invitaba a la apostasía.

Sin embargo, uno sólo de los cuarenta flaqueó y vencido por los horribles espasmos del suplicio, se arrastró hacia el agua caliente... Pero ¡terrible desgracia! No había hecho más que penetrar en el agua tibia cuando expiró súbitamente.

Una reacción inesperada se sucedió entonces. Venía del mismo vigilante.

Conmovido hondamente ante el maravilloso espectáculo de fortaleza de los más y de la cobardía del desgraciado, él mismo determinó llenar el puesto vacante y al efecto, declarando enardecidamente ser cristiano y quitándose los vestidos, se arrojó al estanque y en él murió gloriosamente mártir como ellos.

El número de 40 se había conservado intacto como habían pedido encarecidamente a Dios los mártires en su oración en el suplicio.

El sol naciente pudo iluminar los cadáveres de los valientes que habían sabido ser héroes no sólo en la milicia terrena sino también en la espiritual cristiana...

Uno sólo había sobrevivido, aunque aletargado por el hielo : era el más joven de todos... Su madre había acudido gozosa creyendo poder abrazar a un hijo mártir, la ilusión máxima de su vida, y se sintió visiblemente contrariada...

Viene el carro que se ha de llevar los cadáveres y dejan al superviviente en tierra. Entonces ella, la madre extraordinaria, sublime, coge al hijo en sus brazos y corriendo tras el carro logra subirlo a él y dejarlo entre el montón de los mártires. Ya

éste era en toda realidad uno de ellos... El joven había expirado en aquellos precisos momentos, en brazos aún de su madre.

En el martirio de San Román

El emocionante episodio nos lo cuenta Prudencio en su grandioso himno o poema en honor de San Román.

Este gran mártir hace la apología de la religión cristiana ante el juez pagano Asclepiades. Al fin, inspirado de Dios, le dice decidido: «Ya que no admites razones profundas, consultemos documentos más asequibles. Pregunta el parecer sencillo de la naturaleza no contaminada aún: haz que salga un árbitro que no sepa de engaño. Saca a un niño de siete años o menos que no conozca la adulación ni odie a nadie ni lleve en su alma vicio alguno y aprueba lo que él propone.»

El juez acepta la proposición; escoge de entre los niños allí presentes uno especialmente candoroso.

«Pregúntale lo que quieras», le dice el juez a Román. El mártir entonces interroga: «¿Qué te pare a ti, oh niño? ¿Se ha de adorar solamente a Cristo y en Cristo al Padre o posttrarse ante la diversidad de dioses de los gentiles?» Sonríe el niño y responde sin demora: «Digan lo que quieran los hombres es necesario que Dios sea único... Cristo es el único verdadero Dios. Que haya muchas razas de dioses no lo creen ya ni siquiera los niños.»

El tirano se enfurece y vacila en aplicar todo el rigor de las leyes a una criatura tan pequeña, pero tampoco le consiente su furor embravecido dejar impune al que así le parecía blasfemar.

«¿Quién te ha enseñado esas cosas?», le pregunta. «Mi madre», responde el niño, «y a mi madre Dios...» «Pues que salga la madre al momento», replica el tirano, «y que la impía y desaprensiva maestra vea el triste fin de su enseñanza... Sea atormentada con los azotes del hijo, para que lllore la muerte del que corrompió y maleó con sus doctrinas». Dicho esto, ordena que levanten en alto al niño y que le azoten. «¿Qué peñasco, exclama el poeta, puede soportar tal espectáculo, qué insensibilidad de bronce o de acero? Cuantas veces las varas tocaban su cuerpecito, los tiernos miembros se teñían de blanquecina sangre... Lloran los mismos que le azotan, lo mismo que la presente plebe... Sólo la madre permanece como insensible, sin dar muestras de dolor. Hay en el corazón de los fieles, añade Prudencio, una piedad que con el amor de Cristo se hace más fuerte que los dolores y robustece el heroísmo...»

El niño, desangrado, exclama que tiene sed: El ardor de la vida que se abrasaba exigía un sorbo de agua. Pero la madre se muestra severa y mirándole con semblante triste le reprocha: «Pareceme, hijo mío, que te turba un miedo cobarde y que te vence la violencia del dolor. No prometí yo al Señor que sería así el hijito de mis entrañas ni te engendré para la esperanza de esta gloria dimidiada dejándote renacer del miedo de la muerte... Pides un sorbo de agua cuando pronto vas a llegar a la fuente misma de las aguas vivas que siempre corren... y hacen partícipes de la eternidad a los que beben... Pronto llegarás a esa fuente si en tu corazón y en tus venas hierve el deseo de ver a Cristo... Ahora, hijo mío, tienes que beber este cáliz que bebieron tantos niños pequeñitos en Belén. Esfuérzate con su ejemplo y sé valiente y orgullo de tu madre. El Padre celestial dispuso que todas las edades fueran capaces de la virtud... Ya sabes, pues te lo conté muchas veces cuando jugabas junto a mí y aprendías las letras, que Isaac era el hijo único de su padre y viendo el ara y el cuchillo con que debía ser inmolado, ofreció voluntariamente el cuello al anciano sacrificador. También te relaté aquel noble y memorable combate que sostuvieron siete jóvenes criados por una misma madre: eran niños en la edad, pero varones fuertes en los hechos, porque exhortándoles su madre a arrostrar con denuedo la muerte, derramaron generosamente su sangre por el Señor.»

Alegre ya el niño con la canción de la madre, se refa de los azotes crepitantes y del dolor de las heridas. Ordena el juez que se encierre al niño en la cárcel... después es conducido al lugar de la muerte. La madre lleva al hijito en sus brazos y pegado a su mismo seno. Hubiérase dicho que presentaba una primitiva ofrenda para consagrarla a Dios en la canastilla del santo Abel, escogida de lo más puro del rebaño...

El verdugo pide el niño. La madre se lo presenta al instante sin perder el tiempo en vanos lloros. Le da un tierno beso y le dice: «Adiós, hijo dulcísimo y cuando entres en el reino de Cristo ya como bienaventurado, acuérdate de tu madre, transformado ya de hijo en protector.»

«Dijo», termina Prudencio. Luego el verdugo hiere con la espada la tierna cerviz del niño. La madre entonces, convertida en hábil cantora, entona un himno del Salterio de David: «Preciosa es la muerte de los santos en el acatamiento del Señor. Señor; él es tu siervo, siervo tuyo e hijo de tu esclava.» Entre-lazando versos, despliega un lienzo y extiende sus manos debajo de la herida y de la sangre para recoger el arroyo que fluía de las venas manantes y aprisionar, si podía, el aliento último de su corazón palpitante. Lo recoge y lo aplica a su propio corazón.

VII

PALMAS Y CORONAS (I)

Santa Perpetua y Felicitas y compañeros mártires de Cartago. — Actos martiriales. — La suprema tragedia del amor. — El anillo empapado en sangre.

Trasladémonos a los comienzos del tercer siglo de nuestra era y a la ciudad púnica de Cartago.

Africano es también el Emperador que rige los destinos del mundo y que ha dado muestras sobrantes de ser un auténtico perseguidor del Cristianismo y de los más crueles y sanguinarios, Septimio Severo.

Los mártires son seis, en conjunto, que la «passio» nos presenta de este modo:

«Dos adolescentes catecúmenos, Revocato y Felicidad, ésta compañera suya de servidumbre: Saturnino y Secundulo, Vibia Perpetua, de noble nacimiento, instruída en las artes liberales, legítimamente casada, con padre, madre y dos hermanos, uno de ellos catecúmeno como ella, y un niño pequeñito que está criando a sus pechos: tiene sólo 22 años.»

Nosotros podemos añadir que ella fué la verdadera heroína del gran drama y al mismo tiempo su cronista, en parte al menos, pues escribió por su propia mano en la cárcel «todo el orden de su martirio», como dicen las Actas.

A los cinco hay que agregar el catequista Sáturo que, si bien no constaba en el número de los que iban a recibir el martirio, lleno de fe y anheloso de la corona, se presentó espontáneamente a los perseguidores para correr la misma suerte.

Los confesores de Cristo son delatados y detenidos y llevados a la prisión. Cuál fuera ésta nos lo expresa la mártir:

«Al cabo de pocos días, dice, me metieron en la cárcel. Yo sentí pavor, pues jamás había experimentado tinieblas semejantes. ¡Qué día aquel tan terrible! El calor era sofocante por el amontonamiento de tanta gente. Los

soldados nos trataban brutalmente; yo además me sentía atormentada por la angustia de mi niño.

Entonces, continúa, Tercio y Pomponio diáconos bendecidos, que nos asistían, lograron a peso de oro, que se nos permitiera por unas horas salir a respirar a un lugar mejor de la cárcel. Saliendo entonces de la cárcel cada uno atendía a sus propias necesidades y yo aproveché aquellos momentos para dar el pecho a mi niño medio muerto ya de inanición. Llena de angustia por él, hablaba a mi madre, animaba a mi hermano y les encomendaba a mi hijo.»

Unos días después son llamados los mártires a comparecer en juicio ante el Procurador Hilariano. Son conducidos al foro o plaza pública y se les hace subir al estrado. Se ha reunido también una «muchedumbre inmensa», dicen las Actas. Todos son interrogados y responden valientes y firmes en su fe; le llega el turno a Perpetua y en aquellos momentos se ofrece un espectáculo emocionante. Súbitamente comparece ante el tribunal su padre con el niño de la heroína en sus brazos. ¡Escena sublime! Una madre, una hija ante el llamamiento de todo lo más querido en el mundo y el imperativo de Dios, de la vida futura, de su religión:

«Compadécete, hija mía, de mis canas, le dice el anciano: Compadécete de tu padre, si es que merezco ser llamado por ti con ese nombre. Si con estas manos te he llevado hasta esa flor de tu edad, si te he preferido a todos tus hermanos, no me entregues al oprobio de los hombres. Mira a tus hermanos; mira a tu madre y a tu tía materna, mira a tu hijito que no ha de poder sobrevivirte.»

«Yo estaba transida de dolor, prosigue, por el caso de mi padre, pues era el único de toda mi familia que no había de alegrarse de mi martirio, por ser aún pagano.»

El Procurador mismo, Hilariano, se suma a los ruegos del atribulado anciano y le dice:

«Ten consideración a las canas de tu padre y mira la tierna edad del niño; sacrifica por la salud de los Emperadores.»

Ni en las tragedias de Esquilo o de Sófocles es dado ver escenas tan patéticas. ¿Qué hará la atribulada cristiana?

«No sacrifico.» Tal fué su única respuesta.

Estaba echada la suerte.

«Luego ¿eres cristiana?», la dijo el Procurador. «Y yo, dice ella misma, respondí: «Sí, soy cristiana.» «Y como mi padre persistiera en convencerme, Hilariano dió orden de que se le echara de allí y aun le dieron de palos.»

Hilariano pronunció sentencia contra todos, condenándolos a las fieras. «...y bajamos jubilosos a la cárcel», dice la misma.»

Los días siguientes y anteriores al martirio, son días de sueños proféticos y de manifiestas providencias divinas, si no se

quieren llamar milagros. *Perpetua* y Sáturo ven un anticipo de su martirio y de su glorioso triunfo.

En cuanto a Felicidad, estaba embarazada y en el mes octavo; viendo, pues, la inminencia del espectáculo, se hallaba sumida en tristeza temiendo se difiriera su suplicio en razón de su estado...

«Lo mismo que ella, añaden las actas, sucedía a sus compañeras de martirio, pues estaban profundamente afligidas de pensar que habían de dejar atrás a tan excelente compañera, como caminante solitaria por el camino de la común esperanza. Juntando, pues, en uno los gemidos de todos hicieron oración al Señor tres días antes del espectáculo. Terminada la oración sobre cogieron inmediatamente a Felicidad los dolores del parto.»

Sintió dolor y se quejó.

Uno de los oficiales de la prisión le dijo entonces: «Tú que así te quejas ahora, ¿qué harás cuando seas arrojada a las fieras?»

Ella respondió: «Ahora soy yo la que padezco, mas allá habrá otro que padecerá por mí, pues también yo he de padecer por él.»

El martirio

Nos creemos en la obligación de transcribir el relato de las Actas. En realidad es insustituible y difícilmente lo haríamos nosotros ni más bellamente ni con más piedad y realismo que ellas.

Dice así el admirable documento.

«Brilló, por fin, el día de su victoria y salieron de la cárcel al anfiteatro, como si fueran al cielo, radiantes de alegría y hermosos de rostro, si conmovidos, acaso, no por el temor, sino por el gozo. Seguía *Perpetua* con rostro iluminado y paso tranquilo, como una matrona de Cristo, como una regalada de Dios, obligando a todos, con la fuerza de su mirada, a bajar los ojos. Felicidad iba también gozosa de haber salido bien del alumbramiento para poder luchar con las fieras, pasando de la sangre a la sangre, de la partera al gladiador, para lavarse después del parto con el segundo bautismo.

Cuando llegaron a la puerta del anfiteatro, quisieron obligarles a vestirse, a los hombres de sacerdotes de Saturno y a las mujeres de sacerdotisas de Ceres. Mas la noble constancia de los mártires lo rechazó hasta el último momento. Y alegaban esta razón: «Justamente hemos llegado al punto presente de nuestra libérrima voluntad, a fin de que no fuera violada nuestra libertad; si hemos entregado nuestra alma, ha sido precisamente para no tener que hacer nada semejante. Tal ha sido nuestro pacto con vosotros.» Reconoció la injusticia la justicia y el tribuno autorizó que entraran simplemente tal como venían. *Perpetua* cantaba himnos pisando ya la cabeza del egipcio; *Revocato*, *Saturnino* y *Sáturo* increpaban al pueblo que los miraba. Luego, cuando llegaron ante la tribuna de *Hilariano*, con gestos y señas empezaron a decirle:

—Tú nos juzgas a nosotros; a ti te juzgará Dios.

Exasperado el pueblo ante esta actitud, pidió los hiciera azotar desfiliando ante los venatores. Ellos, a la verdad, se felicitaron de que les cupiera alguna parte de los sufrimientos del Señor.

Mas el que dijo: Pedid y recibiréis, dió a cada uno, por haberla pedido, la forma de muerte que había deseado. Y, efectivamente, si alguna vez conversaban entre sí del martirio que cada uno quisiera, Saturnino afirmaba que estaba dispuesto a ser arrojado a todas las fieras sin excepción, para llevar más gloriosa corona. Y fué así que, al celebrarse el espectáculo, él y Revocato, después de experimentar las garras de un leopardo, fueron también atacados por un oso sobre el estrado. Sáturo, en cambio, nada abominaba tanto como el oso; pero ya de antemano presumía que había de terminar con una dentellada de leopardo. Así, pues, como le soltaran un jabalí, no le hirió a él, sino al venator que se lo había echado, y con tan fiera dentellada de la fiera que a los pocos días después del espectáculo, murió; a Sáturo no hizo sino arrastrarlo. Entonces le ligaron en el puente o tablado para que le atacara un oso, pero éste no quiso salir de su madriguera. Así, pues, por segunda vez Sáturo fué retirado ileso.

Mas contra las mujeres preparó el diablo una vaca bravísima, comprada expresamente contra la costumbre, emulando, aun en la fiera, el sexo de ellas...

La primera en ser lanzada en alto fué Perpetua, y cayó de espaldas; mas apenas se incorporó sentada, recogiendo la túnica desgarrada, se cubrió el muslo, acordándose antes del pudor que del dolor. Luego, requerida una aguja, se ató los dispersos cabellos, pues no era decente que una mártir sufriera con la cabellera esparcida, para no dar apariencia de luto en el momento de su gloria. Así compuesta, se levantó, y como viera a Felicidad tendida en el suelo, se acercó, le dió la mano y la levantó. Y ambas juntas se sostuvieron en pie y vencida la dureza del pueblo, fueron llevadas a la puerta Sanavivaría. Allí, recibida por cierto Rústico, a la sazón catecúmeno, íntimo suyo, como si despertara de un sueño (tan absorta en el Espíritu y en éxtasis había estado), empezó a mirar a mirar en torno suyo, y con estupor de todos, dijo:

—¿Cuándo nos echan esa vaca que dicen?

Y como le dijeran que ya se la habían echado, no quiso creerlo hasta que reconoció en su cuerpo y vestido las señales de la acometida. Luego mandó llamar a su hermano, también catecúmeno, y le dirigió estas palabras:

—Permaneced firmes en la fe y amaos los unos a los otros y no os escandalicéis de nuestros sufrimientos.

El anillo empapado en sangre

Sáturo, por su parte, junto a otra puerta, estaba exhortando al soldado Pudente, a quien le decía:

—En resumen, ciertamente, como yo presumí y predije, ninguna fiera me ha tocado hasta el momento presente. Y ahora ¡ojalá creas de todo corazón! Mira que salgo allá y de una sola dentellada del leopardo voy a ser acabado. E inmediatamente cuando ya el espectáculo tocaba a su fin, se le arrojó un leopardo, y de un solo mordisco quedó bañado en tal cantidad de sangre que el pueblo mismo dió testimonio de su segundo bautismo, diciendo a gritos: "¡Buen baño! ¡Buen baño!" Y baño, efectivamente, de salvación había recibido el que de este modo se había lavado. Entonces le dijo al soldado Pudente:

—Adiós, y acuérdate de la fe y de mí, y que estas cosas no te turben, sino que te confirmen.

Al mismo tiempo pidió a Pudente un anillo del dedo y, empapado en la propia herida, se lo devolvió en herencia, dejándoselo como prenda y recuerdo de su sangre. Luego, exánime ya, cayó en tierra junto con los demás para ser degollados en el lugar acostumbrado. Mas como el pueblo reclamó que salieran al medio del anfiteatro para juntar sus ojos, compañeros del homicidio, con la espada que había de atravesar sus cuerpos, ellos espontáneamente se levantaron y se trasladaron donde el pueblo quería. Antes se besaron unos a otros, a fin de consumir el martirio con el rito solemne de la paz. Todos, inmóviles y en silencio, se dejaron atravesar por el hierro; pero señaladamente Sáturo, como fué el primero en subir la escalera y en su cúspide estuvo esperando a Perpetua, fué también el primero en rendir su espíritu. En cuanto a ésta, para que gustara algo de dolor, dió un grito al sentirse punzada entre los huesos. Entonces ella misma llevó a la propia garganta la diestra errante del gladiador novicio. Tal vez mujer tan excelsa no hubiera podido ser muerta de otro modo, como quien era temida del espíritu inmundo, si ella no hubiera querido.

¡Oh fortísimos y beatísimos mártires! ¡Oh de verdad llamados y escogidos para gloria de nuestro Señor Jesucristo! El que esta gloria engrandece y honra y adora, debe ciertamente leer también estos ejemplos, que no ceden a los antiguos, para edificación de la Iglesia, a fin de que también las nuevas virtudes atestigüen que es uno solo y siempre el mismo Espíritu Santo el que obra hasta ahora, y a Dios Padre omnipotente y a su hijo Jesucristo, Señor nuestro, a quien es claridad y potestad sin medida por los siglos de los siglos. Amén» (XVIII-XXI).

VIII

PALMAS Y CORONAS (II)

Los mártires de Lión. — Cumbres de heroísmo. — Póntico y Blandina. — El final de la tragedia.

Es algo más de la mitad del siglo II de nuestra era, el año 177.

Ocupa el trono de los Césares el Emperador filósofo Marco Aurelio y los acontecimientos se desarrollan en Lión, que juntamente con Viena eran los puntales del Cristianismo en las Galias.

Del martirio de los héroes nombrados tenemos una narración plenamente histórica y auténtica, escrita por contemporáneos de los sucesos. Es la preciosa carta dirigida por los fieles de las dos ciudades mencionadas, a los cristianos del Asia y de Frigia que nos ha sido conservada para edificación del mundo por el historiador de la Iglesia primitiva, Eusebio (1).

La causa próxima del martirio se debió a un tumulto popular, cuyo origen ignoramos, aunque en nada nos extraña por la condición de los tiempos. El ambiente estaba saturado de calumnias contra los cristianos y el más leve incidente podía ser causa del estallido del incendio.

Hecha la delación se decreta la prisión de un grupo de cristianos, todos, primicias de la Iglesia recién fundada en Lión. Tiene lugar una primera audiencia pública en el foro ante las autoridades de la ciudad, y allí, en presencia de una gran muchedumbre que se agolpaba ante el tribunal, los cristianos aprehendidos, confiesan todos valientemente su fe.

Llegado el Gobernador que estaba ausente, se inicia el proceso de los detenidos con todas las ilegalidades e injusticias que era frecuente usar contra los cristianos. Ello provoca la protesta

(1) H. E. V. I, 3-63).

viril y fogosa de otro cristiano allí presente, pero no encartado entre los presentados delincuentes, que se ofrece a defenderlos contra los falsos crímenes alegados. La protesta no es oída, ni aceptada la defensa, pero le vale a Vetio Epágato, que así se llamaba el valiente, la suerte de los mártires.

El desfile de los héroes

He aquí la viva relación de las actas:

«Llegado éste (el Gobernador), fueron llevados ante su tribunal y tratados por él con la más refinada crueldad. Había entre los hermanos uno, por nombre Vetio Epágato, hombre lleno hasta rebosar de la plenitud de la caridad de Dios y del prójimo; de tan ajustada conducta, que, no obstante su juventud, había merecido el testimonio de alabanza que se tributa al viejo Zacarías (Lc. 1, 67). El hecho es que Epágato había caminado siempre intachable en todos los mandamientos y justificaciones del Señor e incansable en todo servicio que hubiera de prestarse al prójimo, poseído como estaba del celo de Dios e hirviendo en el Espíritu. Hombre de este temple, se comprende que no pudiera soportar en silencio la manera sin razón de proceder contra nosotros, sino que, irritado sobre toda ponderación, reclamó se le concediera también a él la palabra, para defender a sus hermanos y demostrar que no hay entre nosotros sombra de ateísmo ni de impiedad alguna. Pero la chusma que rodeaba el tribunal rompió en gritos contra él (pues era persona distinguida), y el gobernador no quiso acceder a la demanda, por más que era de toda justicia. Limitóse a preguntarle si también él era cristiano, y Epágato respondió con la más sonora voz que sí lo era. Ello bastó para que fuera también agregado a la suerte de los mártires, con el mote de "Paráclito o abogado de los cristianos". La verdad es que él tenía al verdadero Paráclito dentro de sí, aquel mismo Espíritu de Zacarías, como lo demostró por la plenitud de su caridad, jugándose la vida por la defensa de sus hermanos. Y es que Epágato fué — y ahora lo es para siempre — legítimo discípulo de Cristo, que sigue al Cordero doquiera va» (Apoc. 14, 4).

Los encarcelados son: *Potino*, Obispo de la ciudad; *Santo*, el diácono originario de Viena; *Maturo*, recientemente bautizado, pero que era ya un generoso atleta; *Atalo*, oriundo de Pérgamo y que había sido «columna de nuestra Iglesia», dice el Acta; *Blandina*, en la que «quiso mostrar Cristo cómo lo que entre los hombres parece vil, informe y despreciable alcanza de Dios grande gloria»; *Biblis*, una de las que habían primero apostado, pero que vuelta en sí, fué digna de corona inmarcesible, y *Póntico*, jovencito de unos quince años, pero del valor del atleta más esforzado, y *Alejandro*.

El primero en recibir la palma es el Obispo Potino. ¡Hermoso elogio el que se hace de él! :

«El bienaventurado Potino, especialmente, que tenía encomendado el ministerio del episcopado en Lión, cuando sobrepasa la edad de sus noventa

años, y muy enfermo, respirando apenas por la enfermedad corporal que le aquejaba, pero fortalecido en la prontitud de su espíritu por el ardiente deseo del martirio que le obsesionaba, fué también arrastrado ante el tribunal, con su cuerpo deshecho por la vejez y la enfermedad, mas llevando dentro un alma que parecía guardada con el solo fin de que Cristo triunfase por ella. Llevado, pues, al tribunal por un piquete de soldados y escoltado por las autoridades y por todo el pueblo, que lanzaba todo linaje de gritos contra él, como si fuera Cristo mismo, dió su buen testimonio. Interrogado, entre otras cosas, por el gobernador, quién era el Dios de los cristianos, respondió Potino: "Si fueres digno, lo conocerás". En aquel momento le arrastraron desconsideradamente por el suelo y descargaron sobre él una lluvia de golpes. Los que estaban cerca, cometían con él toda suerte de insolencias, a bofetadas y puntapiés, sin respeto alguno a su edad; los de más lejos, le disparaban lo que cada cual hallaba a mano, y todos hubieran pensado cometer un grave pecado — y pecado de impiedad — si se hubieran quedado a la zaga en los desacatos contra el anciano, pues de esta manera creían ellos vengar a sus dioses. El obispo, sin aliento apenas, fué nuevamente arrojado a la cárcel, donde a los dos días expiró.»

Contemplemos, siguiendo paso a paso las Actas, las espantosas, pero confortantes escenas.

La segunda fué Blandina:

«Y así fué, dice el precioso documento, que temiendo nosotros, y angustiada señaladamente su señora según la carne — la cual formaba también como una luchadora más en las filas de los mártires —, que por la debilidad de su cuerpo no tendría Blandina fuerzas para dar libremente la confesión de su fe, llenóse ella de tan maravillosa fortaleza, que sus verdugos, aun relevándose unos a otros y atormentándola con toda suerte de suplicios de la mañana a la tarde, llegaron a fatigarse y rendirse, y ellos mismos se confesaron vencidos, sin tener ya a mano tortura que aplicarle, y se maravillaban de que aún permaneciera con aliento, desgarrado y abierto todo su cuerpo. Uno solo de aquellos tormentos, según su testimonio, era bastante para quitarle la vida; no digamos tales y tantos. Mas la bienaventurada esclava se rejuvenecía en la confesión de su fe, y era para ella un alivio y refrigerio y calma en el dolor de los tormentos el solo repetir: "Soy cristiana y nada malo se hace entre nosotros".

También Santo, con valor sobre toda ponderación y sobre las fuerzas humanas, soportó todos los tormentos que los verdugos le infligieron, con la esperanza por parte de los sin ley, de que por la duración y violencia de los tormentos lograrían arrancarle alguna palabra de las que no debe un cristiano pronunciar. Mas él salió con tal ánimo a la batalla contra ellos, que no declaró ni su propio nombre, ni el de la nación y ciudad de su origen, ni su condición de libre o esclavo. A cuantas preguntas se le hacían respondía en lengua latina: "Soy cristiano".

Esto confesaba sucesivamente en lugar de nombre, de ciudad, de nación y de todo lo demás, y ninguna otra palabra lograron oír de su boca los gentiles. De ahí vino una porfía y como puntillito de honor del gobernador y de los verdugos en atormentarle, y así, cuando ya no sabían qué más hacer con él, finalmente le aplicaron láminas de bronce rusientes en las partes más delicadas de su cuerpo. Sus miembros, sí, se abrasaban; mas él seguía inflexible y entero, firme en la confesión de su fe, rociado y fortalecido por la celeste fuente de agua de vida que brota de las entrañas de Cristo. Su pobre cuerpo era testimonio vivo de lo que con él se había hecho: todo él era una llaga y tumor, contraído y sin forma exterior de hombre. Mas sufriendo en él Cristo, cumplía grandes hechos de gloria, aniquilando al adversario, y demostrando, para ejemplo de los demás, que nada hay espantoso donde reina la caridad del Padre, ni doloroso donde brilla la gloria de Cristo. Y fué así que cuando, días después, los sin ley tendieron otra vez al mártir sobre el potro y pensaban habían de vencerle aplicándole los mismos tormentos del primero, con las heridas aún frescas e inflamadas, que no soportaban ni el más leve contacto de la mano, no sólo no sucedió nada de lo que ellos pensaron, sino que, contra todo lo que humanamente era de esperar, su pobre cuerpo se reanimó y enderezó en la tortura segunda, y *Santo* recobró su forma normal y uso de los miembros, de suerte que el potro, esta segunda vez, no fué para él, por la gracia de Cristo, tortura, sino curación.

Digamos también cómo *Biblis*, una de las que habían primero apostatado, y a la que ya creía el diablo habérsela conquistado definitivamente, queriéndola también condenar por pecado de calumnia, hizo que la sometieran a tormento, con el fin de obligarla a declarar las impiedades consabidas contra nosotros, cosa que tenía por fácil, como quebrantada y cobarde que se había mostrado. Mas ella, puesta en el tormento, volvió en su acuerdo y despertó, por así decir, de un profundo sueño, y viniéndole a las mientes, por el tormento temporal, el eterno castigo en el infierno, dió un mentís a los rumores calumniosos, diciendo: "¿Cómo se pueden comer a los niños gentes a quienes no es lícito tomar ni aun la sangre de los animales irracionales?" Y desde este momento se confesó cristiana y fué añadida a la suerte de los mártires."

Maturo, Santo, Blandina y Atalo son expuestos a las fieras para público y general espectáculo, cebo de la inhumanidad de los gentiles, dándose expresamente «un día de juegos a costa de los nuestros».

«*Maturo y Santo*, como si nada hubieran sufrido antes, tu-

vieron que pasar otra vez en el anfiteatro por toda la escala de torturas; o, por mejor decir; como habían ya vencido a su adversario en una serie de combates parciales, libraban ahora el último sobre la corona misma. Restallaron, pues, otra vez los látigos sobre sus espaldas, tal como allí se acostumbra; fueron arrastrados por las fieras, y sufrieron, en fin, cuanto una plebe enfurecida ordenaba con su gritería resonante de unas y otras graderías. El último tormento fué el de la silla de hierro rusiente, sobre la que dejaron socarrar los cuerpos hasta llegar a los espectadores el olor a carne quemada. Mas ni aun así se calmaba aquella chusma, antes se enfurecía más y más, empeñados en vencer a todo trance la paciencia de los mártires. Mas ni con toda su rabia y empeño lograron oír de labios de Santo otra palabra que la que estuvo repitiendo desde que empezó a confesar su fe. Así, pues, estos dos, como, no obstante el largo combate sostenido, aun seguían con vida para mucho rato, finalmente fueron degollados, hechos aquel día espectáculo al mundo, llenando ellos solos todo el vario programa de otros combates de gladiadores.

En cuanto a *Blandina*, colgada de un madero, estaba expuesta para presa de las fieras, soltadas contra ella. El solo verla así colgada en forma de cruz y en fervorosa oración, infundía ánimo a los combatientes, pues en medio de su combate contemplaban en su hermana, aun con los ojos de fuera, al que fué crucificado por ellos, a fin de persuadir a los que en El creen que todo el que padeciere por la gloria de Cristo ha de tener eternamente participación con el Dios viviente. Mas como ninguna de las fieras soltadas la tocó por entonces, fué bajada del madero y llevada nuevamente a la cárcel, guardada para otro combate, a fin de que, vencedora en variedad de encuentros, por un lado hiciera inexorable la condenación de la torcida serpiente, y por otro incitara a sus hermanos en la lucha, ella, la pequeña y débil y despreciable que, revestida del grande e invencible atleta Cristo, venció en singulares combates al enemigo y se coronó por el último la corona de la inmortalidad.

También *Atalo*, reclamado a grandes gritos por la muchedumbre, como persona distinguida que era, entró en el anfiteatro con el paso firme de un atleta adiestrado, apoyado en el testimonio de su conciencia, pues se había legítimamente ejercitado en la milicia cristiana y había sido siempre entre nosotros un testigo de la verdad. Se empezó por hacerle dar la vuelta al anfiteatro con un lebrero delante que decía en latín: "Éste es el cristiano Atalo." Cuando el pueblo lanzaba gritos de furor contra él, se enteró el Gobernador que Atalo era ciudadano romano, y dió orden de que le volvieran a la cárcel con los de-

más de su condición, sobre cuyo destino había escrito al César y estaba esperando su respuesta.»

El final de la tragedia

Es ya el último día. Queda agotada la resistencia del lector y sin embargo faltan aún páginas sangrientas.

Habíamos nada más que nombrado a *Alejandro*.

Era éste frigio de nación y de profesión médico, establecido desde hacía muchos años en las Galias y conocido, puede decirse que por todo el mundo, por su amor a Dios y por su franqueza de palabra, pues no era ajeno al carisma apostólico; estando junto al tribunal, incitaba por señas a los mártires a confesar su fe, hasta el punto de dar la impresión a la gente en torno, de estar, como si dijéramos, sufriendo dolores de parto. La chusma, que estaba ya irritada porque los antes renegados habían confesado la fe, rompieron a gritos contra Alejandro, achacándole ser causante del hecho. Paró en ello mientes el Gobernador; preguntóle quién era y contestó Alejandro: «Un cristiano», y, en puro arrebató de ira, le condenó a las fieras.

Al día siguiente entraba Alejandro, juntamente con Atalo, en el anfiteatro, pues también a Atalo, por complacer a las muchedumbres, le entregó de nuevo el Gobernador para las fieras. Ambos mártires hubieron de pasar por toda la serie de instrumentos inventados para tortura en el anfiteatro, y, después de sostener durísimo combate, fueron también ellos, finalmente, degollados. En todo su martirio, Alejandro no dió un gemido ni exhaló un ¡ay! de queja, sino que, recogido en su corazón, estaba absorto en su conversación con Dios. Atalo, puesto sobre la silla de hierro rusiente y socarrándose todo en torno, cuando el vapor de grasa quemada subía a las narices de los espectadores, dijo en latín a la chusma de las graderías: «Esto, esto sí que es comerse a los hombres, lo que vosotros estáis haciendo; mas nosotros, ni nos comemos a nadie ni hacemos otro mal alguno.» Preguntáronle qué nombre tenía Dios, y el mártir contestó: «Dios no tiene nombre, como si fuera un hombre.»

Después de todos éstos, el último día ya de los combates de gladiadores, fué llevada otra vez al anfiteatro Blandina, junto con Póntico, muchacho de unos quince años. Uno y otro habían sido ya diariamente llevados allí para que contemplaran los suplicios de los otros mártires, y trataban de forzarlos a jurar por sus ídolos. Viéndolos permanecer firmes y cómo menospreciaban semejantes simulacros, la turba se enfureció contra ellos y, sin lástima a la tierna edad del muchacho ni miramiento al

sexo de la mujer, los sometieron a toda clase de sufrimientos y les hicieron pasar por todo el ciclo de torturas, tratando a cada uno de arrancarles el sabido juramento, pero sin lograrlo jamás. Porque Póntico, animado por su hermana — y ello era tan patente que aun los gentiles se dieron cuenta de que ella era la que le incitaba y sostenía —, después de sufrir generosamente todas las torturas, exhaló su espíritu. En cuanto a la bienaventurada Blandina, la última de todos, cual generosa matrona que ha exhortado a sus hijos y los ha enviado delante de sí vencedores, al rey, se apresuraba a seguirlos recorriendo también ella sus mismos combates, jubilosa y exultante ante la muerte, como si estuviera convidada a un banquete de bodas y no condenada a las fieras. Después de los azotes, tras las dentelladas de las fieras, tras la silla de hierro rusiente, fué finalmente encerrada en una red, y soltaron contra ella un toro bravo, que la lanzó varias veces a lo alto. Mas ella no se daba ya cuenta de nada de lo que se le hacía, por su esperanza y aun anticipo de lo que la fe le prometía, absorta en íntima conversación con Cristo. También ésta fué finalmente degollada, teniendo que confesar los mismos paganos que jamás entre ellos había soportado mujer alguna tales y tantos suplicios.»

IX

PALMAS Y CORONAS (III)

El diácono San Lorenzo. — Breve noticia de su vida y martirio. — El himno de Prudencio. — Los tesoros de la Iglesia. — En las parrillas rusientes. — La oración por Roma.

Muy poco sabemos de los primeros años de San Lorenzo.

Fué español, «natione hispanus», como dice expresamente el Libro Pontifical, y según la tradición, natural de Huesca, en donde se le venera como Patrono de la ciudad y al que se le ha consagrado una hermosa y bien decorada Basílica.

No sabemos por qué razón se encontraba a mediados del siglo III en la ciudad eterna en los tiempos de San Sixto II, ejerciendo el cargo de Arcediano o primer diácono al que estaba encomendada la custodia de las limosnas de la Iglesia y su distribución entre los pobres.

Sufrió el martirio el 10 de agosto del año 258, en la persecución de Valeriano.

Dos cosas típicas y que retratan a maravilla su espíritu y la reciedumbre de su carácter han llegado hasta nosotros: La ironía con que trató al emisario de la autoridad gentil que le pedía los tesoros de la Iglesia y la fortaleza aterradora con que soportó los más horrendos suplicios. En este punto apenas tiene similar en la historia y hay que atribuirle sin reticencias la palma del heroísmo cristiano.

Un día se le presenta el Prefecto de la ciudad pidiendo los tesoros de la Iglesia. Le había alucinado el hecho de que ésta alimentaba a un verdadero ejército de pobres, huérfanos y viudas, y había visto además que en la celebración de sus ritos usaban vasos de oro y de plata. Debía de ser una religión acaudalada y esperaba llenar con su despojo las arcas exhaustas del erario.



San Valero y San Lorenzo

(Escuela Aragonesa, Palacio Arzobispal, Zaragoza)

El diácono accede a la demanda, pero pide al Prefecto le dé tres días de plazo para poder reunirlos todo. Concédeseles éste e inmediatamente se lanza Lorenzo por sótanos y buhardillas en busca de los indigentes socorridos. Llegado el día tercero los coloca a todos en largas filas, primero a los ciegos, luego a los cojos, tercero a los leprosos y así sucesivamente.

Era el momento oportuno para llamar al Prefecto.

Acude éste presuroso a ver la exposición de los valiosos objetos de oro y plata y los apilamientos de las monedas.

Lorenzo le presenta el espectáculo y dirigiendo hacia ellos el gesto de su mano, le dice lleno de ironía, las palabras que se han hecho célebres: «Estos son los tesoros de la Iglesia.»

El Prefecto se cree burlado soezmente y se irrita contra el atrevido diácono. Al instante dicta contra él pena de muerte y hace que se cumpla sin demora.

El suplicio es más que horrible, macabro y sólo recordarlo produce escalofríos.

Es condenado a ser asado vivo sobre láminas candentes.

Apresúranse los preparativos. Traen grandes hierros en forma de parrillas; los calientan poniendo fuego debajo y sobre ellos colocan al Santo diácono, asegurándole que allí acabará tostado a menos que declare los bienes verdaderos que escondía.

Lorenzo parece de un temple y condición sobrehumana. Cual si nada sintiera en el horrendo suplicio, dialoga y aun bromea con los verdugos. Por fin queda consumido el cuerpo y el gran mártir expira dirigiendo a Dios una ferviente plegaria por la conversión de Roma y aun profetizándola para un plazo no lejano.

El himno de Prudencio

No es extraño que el gran poeta cristiano dedicase un himno a su memoria celebrando sus inauditas hazañas.

En un viaje a Roma visitó con emoción la Basílica elevada sobre el lugar del martirio, y recogió toda la tradición sobre él.

La descripción de Prudencio es poética y nada más natural que dé en ella pábulo a su fantasía con pormenores y recursos poéticos de propia invención, pero es fiel por entero al hecho fundamental, del que estaba bien informado. Es, por lo demás, magnífico y grandioso, de pinceladas tan realistas como fuertes. Si en alguno de sus poemas mereció nuestro poeta el título que le otorga Menéndez Pelayo de «cantor del cristianismo heroico y militante, de los ecúleos y los garfios», es ciertamente aquí.

Entresaquemos algunos fragmentos del mismo tomados de la traducción en verso castellano debida a la castiza y valiente pluma del P. Juan M.^a Solá, S. J.

Los tesoros de la Iglesia

«Recorriendo la ciudad — tres días Lorenzo pasa,
 buscando enjambres de enfermos — y mendigos por las plazas.
 Aquí encuentra un ciegucecito — que con pies trémulos anda,
 cóncavos ¡ay! ambos ojos, — con un palo el suelo palpa.
 Allí cojos y tullidos, — éste la pierna quebrada,
 aquél las rodillas rotas — o el pie desigual arrastra.
 Hay llagado a quien los miembros — corrupta podre le manan,
 hay de nervios contraídos, — hay manos paralizadas.
 A esos busca por las calles — y harto los conoce y ama,
 pues suele darles el pan — de la Iglesia madre santa.
 Uno por uno los cuenta, — nota sus nombres, y manda
 que en larga hilera se pongan — del santo templo a la entrada.
 Pasó el plazo de tres días; — el juez avaro de rabia
 rugía porque Lorenzo — su pacto en cumplir tardaba.
 Entonces el mártir: "Ven, — dice, verás las alhajas,
 las riquezas infinitas — que Dios en sus santos guarda.
 Verás que en el atrio ingente — brillan vasijas doradas,
 verás por los anchos pórticos — los montones de oro y plata."
 Sigue sin recelo el juez, — llega a la puerta sagrada,
 do en pie las turbas de pobres — con su sordidez espantan.
 Se oye rumor de oraciones, — el juez se horroriza y pasma;
 vuelto a Lorenzo le mira — con ojos que fuego lanzan.
 "¿Por qué te azoras? Lorenzo — dice, ¿qué te desagrada?
 ¿por ventura esos harapos — son dignos de tales náuseas?
 El oro que hambriento buscas — de vil terruño se saca,
 y con sudores y afanes — sale de la ruda masa;
 o en las revueltas arenas — el río o fuente lo arrastra,
 y es menester que su escoria — se purifique en las llamas.
 El oro viola el pudor — y el limpio tálamo mancha;
 el oro rompe las leyes, — la faz turba, la fe mata.
 ¿Por qué, pues, tanto encareces — esa gloria emponzoñada?
 Si anhelas oro acendrado, — veslo en Cristo, lumbre clara;
 veslo en esos pobres, hijos — de la luz, a quien quebranta
 el dolor porque la mente — no se engría en carna sana.
 Cuando el cuerpo está postrado, — más fuerte se siente el alma.»

En las parrillas rusientes

«¿Te burlas? gritó, bramando — de coraje el cruel prefecto;
 ¿así con tales embustes — me engaña? ¿y vive ese necio?

¿No hay en la ley consular — contra la audacia un decreto?
¿O ha embotado las segures — la blandura sin consejo?
Dirás: yo muero con gusto, — ser mártir es mi deseo;
ya lo sé, que a esto os arrastra — vuestro fanatismo ciego.
Mas no obtendrás lo que pides — que es morir en un momento,
y con muerte apresurada — llegar al dichoso término.
Yo iré alargando tu vida — con suplicio vario y lento,
y la muerte prolongada — prolongará tus tormentos.
Echadle en brasas templadas — porque no le acabe el fuego,
ni llegue la llama al rostro — ni cunda en su duro pecho.
Que lentamente el calor — le vaya tostando el cuerpo;
templad, templad los ardores — de sus requemados miembros.

Ea, sube a las parrillas, — descansa en tu digno lecho.
después dirás si Vulcano — es o no dios verdadero."
Dijo, y atroces verdugos — desnudan a San Lorenzo,
sus puros miembros sujetan — y le extienden sobre el fuego.

Cuando hubo ya consumido — un costado el fuego lento,
así desde la catasta — increpa el Santo al prefecto:
"Ya está esta parte quemada, — vuélveme del lado inverso;
a tu fogoso Vulcano — verás cuán poco le temo."
Manda el juez que lo revuelvan. — "Ya estoy cocido, Lorenzo
dice, prueba si es mejor — crudo o asado mi cuerpo:"
Esto por donaire dijo; — mas después mirando al cielo,
llanto vierte sobre Roma — y exclama con hondo acento:

Oración por Roma

"Oh Cristo Dios, fortaleza — y esplendor del Padre Eterno,
oh Hacedor del mundo todo — y Autor del romúleo asiento,
que del mando en la alta cumbre — pusiste de Roma el cetro,
y a las armas de Quirino — sujetaste el universo,
para altar con unas leyes — idiomas, ritos, ingenios,
usos, vanas observancias — de los pueblos más diversos:
ya todo el mortal linaje — se humilla al yugo de Remo,
ya los ritos se unen todos — en un solo sentimiento.
Esto tu mente dispuso — porque tu ley y derecho
en lazo común juntasen — cuanto cerca el mar inmenso.
Concede, oh Cristo, a tu Roma — pues en ella estuvo el centro
del paganismo, que sea — de tu culto el mejor templo.

Confedérense las gentes — todas en un solo credo;
rendido el orbe, se rinda — la cabeza del imperio.
Vea ya que a una fe vienen — de los polos más opuestos;
crea Rómulo, y el mismo — Numa por fin diga: Creo.
Aun reina el error troyano — de la Curia en el consejo;
aun se adoran los penates — frigios en hogar secreto.
Aun veneran nuestros cónsules — al bifronte Jano, a Estérculo,
al viejo Saturno, ¡oh monstruos — de Roma, al nombraros tiem-
[blo!

Quita, oh Cristo, este baldón — y envía a tu arcángel luego;
la errante stirpe de Eneas — conozca al Dios verdadero.
Ya prendas de esta esperanza — fidelísimas tenemos;
que aquí vienen, aquí reinan — los apóstoles primeros.
Es el uno de las gentes — el celestial pregonero,
y otro en la sede primaria — abre o cierra el reino eterno.
Aparta, adúltero Jove, — manchado en estupro horrendo;
deja en libertad a Roma, — deja de Jesús el pueblo.
Pablo te arroja de aquí, — de aquí la sangre de Pedro;
la que urdiste obra sangrienta — de Nerón hundió tu imperio.
Veo ya al futuro Príncipe, — al fiel ministro ya veo,
quien prohibirá que Roma — se enlode más en el cieno.
El cerrará con cerrojos — de bronce los viejos templos;
él los nefandos dinteles — con cerraduras de hierro.
Entonces limpios los mármoles — de sangre inmunda, con nuevo
brillo lucirán y el bronce — que es hoy un dios del averno."
Aquí el mártir a sus preces — y a su vida puso término;
y tras la voz ascendió — su libre espíritu al cielo...»

PALMAS Y CORONAS (IV)

Santa Inés. — Pureza y energía. — Panegírico de San Ambrosio.

Santa Inés ha sido siempre considerada como una de las heroínas cristianas más populares y de universales simpatías.

Lástima que apenas poseamos datos concretos sobre su vida, pues las actas de su martirio son poco de fiar. Los más fidedignos testimonios pertenecen a bien entrado el siglo iv y principios del v.

San Ambrosio habla de ella extensamente y relata con los más vivos colores y emocionante entusiasmo su martirio en el libro de las Vírgenes (I, c. 2) y en el de *Officiis* (I, c. 41). San Agustín le dedica fervidas alabanzas. El Papa San Dámaso compuso un epigrama en su honor que grabó en mármol y Prudencio le dedicó un precioso himno en el *Peristephanon* (XIV).

De los datos que nos suministran estos autores sacamos los rasgos y hechos principales de su vida que, aunque pocos, son lo suficientes para admirar la característica de su espíritu y lo relevante de su figura.

Sufrió el martirio el año 305 y fué sepultada en una cripta de la Vía Nomentana. Sobre su tumba hizo construir la hija de Constantino el Grande una Basílica en agradecimiento de haber sido milagrosamente curada por la Santa. Basílica que más tarde (624-638) restauró y amplió el Papa Honorio I.

Pureza y energía

Es la roma de los comienzos del siglo iv, de Diocleciano y de sus sangrientas persecuciones; el año último de las mismas, pues el maléfico Emperador se retiró en él del gobierno y de la política para morir, notable coincidencia o ironía de la historia, dos lustros más tarde desesperado y medio loco en Salona, el

mismo año precisamente en que Constantino daba la paz a la Iglesia en el edicto de Milán y con él extendía, puede decirse, la papeleta de defunción del paganismo.

Inés, virgen cristiana de trece años nada más, vivía en la ciudad de los Césares como lirio flagrante en medio de una charca cenagosa.

Llena de sobrenatural espíritu y amor a Jesucristo le había consagrado a él su virginidad y ello fué la causa de su martirio. Un joven que la pretendía, desechado y lleno de ira ante la inutilidad de sus incesantes requerimientos, determinó denunciarla villanamente de cristiana a la autoridad.

Estaba dado el paso decisivo en el camino del martirio. En aquellos aciagos días bastaba una simple acusación para decidir inmediatamente de la vida de los fieles.

Es conducida al Prefecto de la ciudad, quien despliega para reducirla todos los medios a su alcance: le amenaza con horribles suplicios, le acaricia con halagos, le hace espléndidas promesas, le propone alhajas, fiestas y goces en sus lucidos desposorios.

Inés resiste a todo con la fortaleza y sensatez de una mujer de muchos años.

«Sería una injuria para mí esposo, contesta, querer agradecer a otro que a él solo.»

La virgen se refería, como ya habrá pensado el lector, a Cristo, al amante divino a quien había consagrado su virginidad.

La decisión es irrevocable.

El Prefecto cree que es necesario aterrarla y la amenaza con los más horrendos tormentos; pero Inés le deja atónito con su respuesta: hasta parece que le incita y provoca a ello.

«¿Qué te detiene oh verdugo?, dice; perezca este cuerpo que puede ser amado por ojos que detesto.»

El juez pronuncia entonces una palabra terrible, la que más podía impresionar a la castísima doncella: el prostíbulo. La amenaza con que la llevaría a un lupanar y allí la expondría inexorablemente a la desenfrenada lujuria de los hombres... Pero, ni aun eso la impresiona.

«Haz lo que quieras, le responde, pero te prevengo que Cristo no se olvida de los suyos. No pretendas asustarme pues tengo conmigo un ángel del Señor que custodiará la pureza de mi cuerpo. Hundirás el hierro en mi pecho, pero no mancharás mis miembros con el pecado.»

Jamás había presenciado el Prefecto tal decisión y valentía que le deja aturdido. Cambiado ya su semblante por la ira concentrada, lleva a ejecución su criminal proyecto...

En el lupanar

Bajo las arcadas del Estadio de Alejandro Severo había una casa de prostitución. Allá es conducida la Virgen y expuesta públicamente a la lascivia. En ese mismo sitio se eleva en nuestros días la iglesia de Santa Inés.

El Papa San Dámaso escribe que los cabellos extendidos a lo largo del cuerpo cubrieron con pudor los miembros desnudos de la Virgen.

Prudencio añade: «que sólo un pagano se atrevió a acercarse procazmente a Inés y no dudó en mirar con ojos desenfrenados a la Virgen. Pero he aquí que un rayo, a semejanza de un pájaro de fuego, vibró ardiente e hirió sus pupilas. Ciego por el resplandor cayó al suelo y se revolcó en el polvo de la calle. Lo recogieron medio muerto sus compañeros y se lo llevaron ya con palabras exequiales, mientras triunfante la Virgen entonaba al Padre y a Cristo un cántico sagrado porque le había conservado incólume su castidad aun en el lugar inmundo.

Hay quienes dicen, prosigue el poeta, que indicándole algunos que pidiera a Cristo devolviera la vista al desgraciado, a su ruego le devolvió el hálito de la vida y la claridad de los ojos juntamente.»

Al filo de la espada

Dice Prudencio que el prostíbulo había sido el primer paso de la Virgen hacia el cielo: luego siguióse otro porque el furor excitó al sanguinario enemigo: «Me vence», dijo gimiendo; «ve soldado, desenvaina la espada y cumple los decretos del Emperador.»

La niña ha oído la sentencia.

Va a ser decapitada; sin embargo nada de espasmos ni de lágrimas.

«Más alegría siento, dice, señalando al verdugo, que venga éste con la espada desenvainada, loco de rabia, cruel, airado, que si viniera amoroso y tierno joven bañado en aromas para perderme, con la muerte del pudor. Esta, éste amante, lo confieso, ya me gusta, saldré al paso del que llega y no retardaré sus sanguinarios intentos. Recibiré todo su puñal en mi pecho y experimentaré en mi corazón toda la fuerza de la espada. Así hecha esposa de Cristo; dejaré atrás las tinieblas de la tierra y me remontaré a lo más alto

del cielo. ¡Eterno Señor; abre ya las puertas del alcázar de tu gloria, cerradas antes, a los mortales y llama a ti, oh Cristo, al alma que te sigue por la virginidad y el martirio!.

El momento es de emoción intensa para todos.

«Miradla, dice San Ambrosio: está de pie, firme, serena. No se hubiera dado tanta prisa para ir a su tálamo conyugal, la desposada como ésta se apresura a la muerte. Todos lloran; ella permanece sin proferir un gemido... Es el testigo de la divinidad... Hubleráis visto temblar al mismo verdugo como si él fuera el condenado a morir; vacilar la diestra del que iba a herirla, palidecer el rostro de los espectadores... La virgen, en cambio, ora con la cabeza inclinada y espera el tajo...

Por fin cae el hierro; un solo golpe basta para tronchar la cabeza y la muerte llega aún antes que el dolor.»

Prudencio escribe también estrofas inmortales.

He aquí lo que nos dice en las últimas estrofas de su himno a la Santa:

«El espíritu ya desnudo del cuerpo, dice, resplandece por sí mismo y vuela libre por los aires. Los ángeles le forman la corte por el blando camino y desde arriba contempla al orbe de la tierra bajo sus pies y las tinieblas que lo envuelven... Goza viendo desde las alturas al sol dando vueltas a la tierra, y a todo el mundo girando constantemente en precipitado torbellino, porque la volubilidad de las cosas lo arrebató todo: Los reyes, los tiranos, los imperios, las magistraturas, las pompas de los honores que tan neciamente hinchaban a los hombres: las arcas de plata y de oro repletas buscadas con insaciable sed y que a tantos crimenes llevan por conseguirlos; los palacios adornados con esplendor, las vanidades e ilusiones del color de los vestidos; la ira, el temor, los peligros, la prolongada tristeza, el breve gozo, los rostros ahumados de la envidia con la que se ennegrece aun la esperanza y dignidad de los hombres, y lo que es el más tétrico de los males, las negras nubes del gentilismo...

Todo esto lo tiene ya Inés bajo sus plantas y su pie pisa con el calcañar la cabeza de la serpiente que contamina todo lo humano con su veneno y arrastra al hombre a los infiernos. Ahora oprimido por la planta virginal abate sus crestas ígneas y no se atreve, de vergüenza, a levantar la cabeza. Dios mientras tanto ciñe las sienes de la mártir virginal con una doble corona. La una la consiguió su perpetua virginidad llevada incólume durante sus trece años, la otra el martirio que le devolvió el ciento por uno.»

Y termina el vate con esta plegaria fervorosa que el lector hará sin duda suya también.

«¡Oh Virgen bienhadada, oh nueva gloria, nueva habitante de la ciudad celeste! Vuelve a nuestras miserias e inmundicias tu faz radiante, ornada con doble corona, a quien concedió el Omnipotente purificar el mismo lupanar. Yo quedaré purificado con el resplandor de tu rostro si tú llenas de pureza mi corazón. Nada hay impuro si tú te dignas visitarlo y purificarlo a lo menos con el contacto de tu pie.»

XI

PALMAS Y CORONAS (V)

Santa Eulalia de Mérida. — Virginidad intrépida. — Himno de Prudencio.

La narración nos lleva a la Mérida del siglo iv. Es, según el testimonio de Prudencio, «ciudad rica y populosa», llena de monumentos, de termas, de templos y de palacios:

«Aun en el día de hoy atestiguan las augustas ruinas que por doquier se levantan, como hitos mudos de los tiempos que pasaron, su espléndida magnificencia en la época romana». Un anfiteatro, un amplísimo teatro, un circo capaz para treinta mil personas: dos acueductos...

Es ciudad privilegiada por Augusto, la capital de Vetonía. Pero sobre todo, nos indica el cantor de los mártires, es gloriosa por haber sido patria y el lugar del esclarecido combate por la fe, de la angelical niña Eulalia.

Datos biográficos

Son los años últimos de las persecuciones: La feroz de Diocleciano con la que se despidió el paganismo despechado ante el arrollador avance de la religión cristiana.

Eulalia es de noble sangre y niña aún: solo doce años cuenta su amable virginidad y su fortaleza invicta.

Es amante de la justicia y cristiana de corazón y no puede ver, sin indignación profunda, los indecibles atropellos cometidos contra sus hermanos y los bárbaros suplicios a que tan inicualemente se les sujeta.

Es, por otra parte, la santa niña de serio y grave carácter, de rasgos enérgicos y decididos; parece una mujer ya formada. Prudencio añade que hasta desdénaba las chucherías de la edad.

Ya varias veces había acontecido que no pudiendo contener su indignación ante la brutalidad de la persecución, había manifestado el deseo de ir ella misma en persona al Gobernador a reprenderle su conducta. Sus padres, temerosos de que pusiera un día en práctica sus deseos, se vieron obligados a apartarla de la ciudad y llevarla a una finca del campo en donde, lejos de las tremendas escenas de los frecuentes martirios, se calmara su espíritu, y no se expusiera a sí misma y a la familia al gran peligro.

Pero, todo fué inútil.

La niña en la soledad del campo sigue con su indignación y deseos incontenibles: Se siente obligada a salir en defensa de sus hermanos, de los fieles perseguidos y no descansa ni aun en la soledad y sosiego de la bella naturaleza que se extiende exuberante ante su vista.

Una noche, por fin, estalla. Burla la vigilancia de las mujeres que la guardan, abre sigilosamente las puertas de la casa, atraviesa la cerca, y, en medio de las tinieblas avanza decidida hacia la ciudad. Prudencio dice poéticamente que «la guía el Padre de la luz y que un cortejo de ángeles la acompañan.»

Ha llegado al Pretorio y se encuentra en presencia de los magistrados.

¡Increíble osadía la de la niña!

Se dirige a ellos y les dice: «¿Por qué derramáis cruelmente la sangre de los cristianos? Si es que vuestros insaciables dioses lo desean, aquí estoy yo; pueden beber mi sangre. Los detesto y estoy dispuesta a pisotearlos: Ni Isis, ni Venus, ni Apolo, ni vuestro Emperador son nada...»

El juez quiere hacerla recapacitar sobre lo que dice; la exhorta a que mire por sí, por su juventud y la nobleza de su familia... No le pide más que tome con el extremo de sus dedos un poco de sal y unos granos de incienso para ofrecerlos a esos dioses que ella tan inconsideradamente ultraja...

¡Sacrificar a los dioses gentiles, a esos dioses por cuya causa se derrama tanta sangre cristiana!

Llena, por el contrario, de indignación, arroja por los suelos de un golpe a un ídolo que tenía delante y aun añade Prudencio que escupió al Pretor...

Ha llegado el momento del martirio, pero antes el tormento para hacerla entrar dentro de sí y arrancarla, si es posible, el consentimiento deseado.

Dos hombres la sujetan, la extienden en el potro rompiendo su túnica de seda. Los garfios abren surcos sangrientos en los costados de la Virgen. Eulalia contempla con sus propios ojos

los surcos abiertos en su propia carne. No llora, no tiembla... Poseída de un entusiasmo divino, de la gracia que Dios da en el martirio, cuenta las heridas y en medio de los suplicios canta:

«Señor: yo soy un libro en que están escribiendo tu nombre: ¡Qué hermosos, oh Cristo, son estos caracteres que nos hablan de tu victoria.»

Acercan las teas ardientes a los costados de la niña ya arados: las lenguas de fuego se retuercen entre los brazos y pechos y chisporrotea la sangre recalentada... Empieza a arder la larga y perfumada cabellera que descende sobre el cuerpo como un velo pudoroso; la llama crepitante revolotea en torno de su rostro... La niña bebe sus ardores y con los ardores... la muerte.

Se amortiguan los fuegos: cuelga exánime la cabeza virginal y los atormentadores huyen como agitados por los remordimientos del crimen...

Himno de Prudencio

De nuevo el gran poeta cristiano cantor de los combates de los mártires.

En el presente caso hay motivos más especiales aún para dar crédito a sus versos. El autor del *Peristephanon* es casi contemporáneo de la santa, pues ella fué martirizada el año 304 y Prudencio nació el 348. Llevado de su devoción a la mártir meritense hizo una visita expresamente a su templo y oró ante su sepulcro, al par que recogió con diligencia los datos que le proporcionaron los documentos y la tradición encarnada especialmente en personas quizás coetáneas de la santa y que conservaban fresca aún la memoria de la misma.

He aquí cómo describe el *martirio* y la *muerte* de la valiente virgen, en el bello himno que le dedica y del que hemos tomado ya varias expresiones:

«No se hacen esperar; sendos verdugos le arrancan sus pechos gemelos y el garfio horrible abre de una y otra parte sus costados y llega hasta los huesos mientras Eulalia cuenta tranquilamente las heridas.

Señor, escriben tu nombre en mi cuerpo: ¡cómo me agrada leer estas letras que van redactando tus victorias! Y la púrpura de la sangre derramada va deletreando el nombre sagrado de Cristo.

Alegre y animosa, decía todo esto al Señor sin lágrimas ni suspiros. No llega el dolor al alma, y los miembros, ungidos con la reciente sangre, lavan la piel a un nuevo borboteo de la fuente

La aplican luego el último tormento; no son los azotes desgarradores, ni recuestan su lacerada carne en las parrillas, sino que le aproximan por doquier teas encendidas a los costados y al vientre.

Su cabellera olorosa bajaba ondeante por el cuello y volaba suelta sobre los hombros para cubrir la pureza angelical; toda ella quedaba oculta tras el velo interpuesto.

La llama vuela chirriando hacia la cara y se nutre con la abundante cabellera; se enciende lo más alto de su cabeza, y la virgen, deseosa de morir sorbe el fuego con su boca.

De sus labios sale rauda una paloma, que, dejando el cuerpo de la virgen más blanco que la nieve, se dirigió a las estrellas; era el alma de Eulalia, tiernecita como la leche, rápida, incontaminada.

Inclina su cuello al salir del alma y se apaga la hoguera de fuego; se dejan en paz los restos exánimes. Juega el cefrillo haciendo fiestas en el aire, y rápido, se dirige a los eternos alcázares.

El verdugo mismo contempló estupefacto la palomita salida de la boca de la virgen, y atónito, se detuvo y se arrepintió de sus actos. El licitor huyó también con la impresión en el alma.

El invierno rígido lanza una capa de nieve y cubre todo el foro; cubre también el cuerpecito de Eulalia, dejado a la intemperie, como un sudario de lienzo.

Retírese el amor de los hombres compasivos, que suelen tributar el último homenaje; no se la entierre con llantos. Los mismos elementos, por disposición divina, celebran tus funerales, tiernecita virgen.

Su sepulcro está en Mérida, ciudad esclarecida de la Vetonía bañada por el famoso Guadiana, que, rápido, lame sus muros con aguas fértiles.

Aquí donde el mármol pulido ilumina los grandes atrios con resplandores exóticos están depositadas en tierra santa las reliquias y las cenizas sagradas de la mártir.

Los resplandecientes techos brillan siempre con sus antorchas de oro y el pavimento aparece combinado de manera que lo creyeras un prado en que se mezclan las flores y las rosas.

Coged purpúreos alhelios, haced ramilletes de sangrientos azafranes; no carece de ellos el invierno fecundo, pues el aura tépida despierta los campos para llenar los canastillos de flores.

Virgencitas y donceles, traed estos trenzados regalos, y yo, en medio de vuestro círculo, aportaré con pie dactílico una guirnalda entretejida, humilde, lacia, pero festiva.

Así, conviene adorar sus huesos, sobre los que se ha levantado un ara. Ella, a los pies de Dios, atiende nuestros votos y, propicia por nuestros cánticos, favorece a sus pueblos.»

XII

LAS CAUSAS DE LAS PERSECUCIONES

Insuficiencia de las explicaciones históricas. — Causas invisibles

Es sabido que Roma y más particularmente bajo el imperio, fué siempre indulgente y acogedora de los cultos extranjeros.

Puede decirse que en su suelo generoso tuvieron la más amplia hospitalidad todos los dioses del mundo. En ella se veneraban no sólo las innumerables divinidades del Olimpo griego que habían suplantado incluso, a los viejos dioses indigetas, sino se ofrecían especiales y ostentosos cultos aun a los de los países más lejanos y exóticos: a Cibeles Frigia, a Astarté Fenicia, a Isis y Serapis egipcias, a Mitra persa..., amén de los misterios no sólo de Eleusis, de Baco y Hécate, sino y, sobre todo, los Sabazios, el antiguo dios solar de los tracios, las *taurobolias* y *criobolias*, verdadera moda del tiempo.

Cibeles, la gran madre, como se la llamaba, gozaba de popularidad espléndida. Sus sacerdotes, eunucos, recorrían toda Italia, de pueblo en pueblo, vistiendo su especial atuendo femenino, cantando y tocando el tamboril y azotándose hasta hacerse sangre.

La misma popularidad y quizás más atracción aún ejercieron Isis y Serapis. Los mismos Emperadores se hacían sacerdotes de Isis y se pudo ver al propio César Cómodo, vestido a la usanza de los sacerdotes de la diosa, y rapado, asistir en persona a las procesiones de su culto ostentando la cabeza del perro anubis y detrás de la imagen de la diosa llevada en un carro.

Los misterios de *Mitra*, habían conquistado a casi toda la nobleza y aun a los soldados y se han descubierto en nuestros tiempos no pocos de los llamados *mítreos*, o pequeñas grutas, en donde se rendía culto a esta divinidad, en cuyo fondo aparece un joven vestido con el traje de los frigios hundiendo el cuchillo en el cuello de un toro inmolado en sacrificio.

Una excepción notable: el cristianismo. Ya lo hemos podido ver en las páginas anteriores. Contra él desplegó todas sus iras a través de tres siglos consecutivos y, si no logró su extinción como pretendiera, lo sujetó ciertamente a pruebas inauditas que ninguna otra institución humana pudiera superar.

¿A qué se debió el hecho inusitado? Ello sorprendió vivamente a los primeros apologistas, San Justino, Aristides, Cuadrato y Tertuliano. Omnímoda tolerancia para con las demás, templos y cultos; favor a todas las religiones de la tierra y odio mortal, opresión y trato sin compasión, despótico, a la cristiana...

Varias explicaciones se proponen, pero ninguna resuelve adecuadamente el problema.

Los judíos

No cabe duda que ellos contribuyeron a las persecuciones con su odio irreconciliable al nombre cristiano. La nueva religión había salido de Israel, siendo por tanto, una apóstata, tráfuga de sus filas, despreciadora de su ley y culto. Era natural, dada la índole de aquel pueblo y su apego incondicional a lo suyo, que procurara hacer la guerra de cuantos modos pudiera a la siniestra secta naciente que con su empuje arrollador amenazaba suplantarle.

De hecho fueron los judíos los primeros perseguidores del Cristianismo. En Jerusalén, ellos aprehendieron a los Apóstoles y los llevaron al Concilio, los azotaron y prohibieron predicar: dieron muerte a Esteban y por su causa fué decapitado Santiago por Herodes y encarcelado San Pedro.

En la diáspora siguieron la misma trayectoria.

Ellos revolvieron a los gentiles en Antioquía de Pisidia contra Pablo y Bernabé (Act. XII, 44 s.). Lo mismo hicieron en Tesalónica y en Berea (Act. XVII, 1-14); en Iconio, en donde los apedrearon (Act. XIV, 5 s.), y en Licaonia, en donde dejaron al gran Apóstol medio muerto (Act. XIV, 18 s.).

De una manera general afirma Tertuliano que «los judíos eran los inexhaustos manantiales de las persecuciones».

Los sacerdotes paganos

También estos contribuyeron a la magna injusticia.

Heridos en sus propios intereses y en la misma dignidad de

su cargo, procuraron desacreditar y calumniar al Cristianismo cuyas filas aumentaban incesantemente, mientras ellos y sus templos se quedaban desiertos.

Propalaron contra ellos el reproche de ateísmo y el de «odio al linaje humano». Les llamaron enemigos del Imperio, «hostes publici». Su amor al prójimo lo proponían como incestuoso; de la Eucaristía afirmaban que eran cenas de Tiestes, en las que mataban a un niño y se lo comían, mezclando otros actos libidinosos.

Todo era reprensible y vitando para ellos en los cristianos: Hasta esparcieron la idea de que adoraban a un asno. Si los fieles se mostraban constantes en los tormentos, en la pira o bajo el hacha del verdugo o garras de los leones, lo atribuían a la magia. Y lo que les acarreaba mayores hostilidades: la idea propalada de que los dioses, irritados por ellos, exteriorizaban su ira con públicas calamidades.

El pueblo es siempre fácil de persuadir y pronto se enfurece. Tertuliano se lo echaba en cara con escarnio: «Si el Tíber, dice, rompe las murallas, si se desborda; si el Nilo no riega los campos; si el cielo se para, si la tierra se mueve, si viene la peste, el hambre... luego se oye el grito: "¡Cristianos a los leones!"» (Oct. 9).

Causas invisibles

A pesar de todo, no creemos que las causas expuestas resuelvan adecuada y plenamente el problema de las persecuciones.

Tales causas pueden explicar alguna que otra revuelta del populacho, y más que todo, el desprecio y prevención contra el Cristianismo, pero en modo alguno, las crueldades y martirios inauditos a que se vió sujeto durante tres siglos.

El hecho de que se hiciera de él una excepción tan flagrante en medio de la general aceptación de todos los dioses y religiones del mundo será siempre, humanamente, un enigma indecifrabable.

El estado mismo psicológico del paganismo estaba en contra.

La religión en Roma hacía ya mucho tiempo que se hallaba en interior descomposición con la mayor bancarrota de sus divinidades. Continuaba ciertamente el antiguo culto porque estaba aliado con el Estado, pero interiormente nadie se sentía adicto ni con fe en los antiguos y caducos dioses. Estos habían muerto ya mucho antes. En su puesto reinaba la más desoladora incredulidad.

Así tenía que suceder, por desgracia. ¿Cómo era posible, en efecto, creer en ellos? ¿En un Júpiter, cuyos adulterios se representaban en la escena? ¿En Juno, vengativa y rencorosa y de una soberbia femenil desenfadada? ¿En Venus, la diosa de la Lujuria? ¿En Mercurio, Apolo... prototipos de todas las pasiones y bajezas humanas?

La religión, repetimos, estaba en plena bancarrota. Nadie que tuviera algo de cultura se preocupaba de ella.

En este clima, pues, de apatía, de desengaño, de verdadera teocrasia o mezcla informe de dioses, ¿cómo es posible que el Imperio romano que siempre se distinguiera por el equilibrio sesudo de su gobierno, desencadenara tan implacable y pertinaz saña contra una religión que venía a vigorizar los espíritus caídos y a la que daban sus nombres constantemente los mejores y más morales de sus ciudadanos?

No nos cabe, pues, la menor duda.

Hubo de haber otras causas superiores e invisibles.

Las reclaman la razón y la filosofía de la historia.

Estaban de por medio el cielo y el infierno, Dios y el mismo Satanás.

Satanás, porque preveía en el avance arrollador del cristianismo, el derrumbamiento de su imperio en el mundo y la implantación del reino de Dios y quería cerrarle el paso a todo trance, ahogarlo en su propia sangre en la cuna, y Dios, que lo permitía todo y dejaba obrar al maligno, por los bienes que su obra de persecución había de acarrear.

Ella serviría a maravilla para purificar a su Iglesia, para hacerla brillar con resplandores sobrenaturales de virtud y de heroísmo y amor, para enraizarla más en la vida.

El dolor es siempre un gran artífice de santidad y saludable al hombre y a las instituciones. En él se acerca y adhiere más a Dios y se afirma en él. Peores males trajo siempre la demasiada paz y bonanza. En ella se enmohecen los ánimos, se pierden sus aceros, quedan demasiado apegados a los bienes y felicidades de la vida y se afeminan. La santidad evangélica supone temple de héroes y con él dicen mejor los combates que la ociosidad y las delicias.

Y ¡qué bien lo consiguió el invisible artífice! El cristiano aprendió en la persecución a desasirse del mundo, de sus goces y de sus bienes, a ser fuerte como un atleta, a tener temple de acero. Llegó a vivir un clima de heroísmo, pero de un heroísmo nuevo, desconocido hasta entonces en la tierra; y ello no sólo en los que tenían que descender a la arena para conquistar la pal-

ma, sino también en los otros. Todos tenían que estar preparados, todos eran candidatos al martirio. Las Actas de los mártires, además, se leían en todas las Iglesias y recorrían así la tierra provocando estremecimientos de admiración y de entusiasmo increíble por él.

Aun ahora tienen vivas resonancias y hacen vibrar. Son la historia de la religión más grande del mundo, los Anales escritos con sangre y con oro en que el cristiano lee conmovido y entusiasmado las gestas inauditas de sus mayores que le precedieron llevando invicto el signo de la fe.

XIII

VALOR APOLOGETICO DEL MARTIRIO

Cumplimiento de la profecía de Cristo. — El gran milagro moral. — Testimonio de la verdad del Cristianismo.

Por tres capítulos podemos apreciar la obra apologética del martirio: Por ser el cumplimiento maravilloso de la profecía de Jesús; un milagro del orden moral y un testimonio irrefutable de semejante predicción.

Cristo había predicho abiertamente y repetidas veces a sus Apóstoles las persecuciones de que fué objeto la Iglesia.

«Mirad que yo os envío, dice por San Mateo (X), como ovejas en medio de lobos. Por tanto, habéis de ser prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Mas recataos de tales hombres. Pues os delatarán a los tribunales, y os azotarán en sus sinagogas; y por mi causa seréis conducidos ante los gobernadores y los reyes, para dar testimonio de mí a ellos, y a las naciones. Si bien, cuando os hicieren comparecer, no os dé cuidado el cómo o lo que habéis de hablar: porque os será dado en aquella misma hora lo que hayáis de decir: puesto que no sois vosotros quienes hablarán entonces, sino el espíritu de vuestro Padre, el cual habla por vosotros. Entonces el hermano entregará a su hermano a la muerte, y el padre al hijo: y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir; y vosotros vendréis a ser odiados de todos por causa de mi nombre; pero quien perseverare hasta el fin, éste se salvará.»

Admirable es ciertamente la precisión de estas palabras y la exactitud de su cumplimiento. Ningún ejemplo tomado de la historia pudo dar al fundador de la religión cristiana la idea de semejante predicción.

«Bienaventurados los que padecieren persecución por la justicia», había dicho Cristo. Bienaventurados seréis siempre que os injurien y persigan... (Mt. V, 10-12).

Así lo entendieron los Apóstoles y los cristianos venidos en pos de ellos. Por eso, según los *Hechos* (Act. V), «salían gozosos de la presencia del Concilio porque habían sido dignos de pade-

cer contumelias por el nombre de Jesús»: Por eso los mártires recibían la sentencia de su muerte con hacimiento de gracias, o bajaban alegres a la cárcel y al suplicio.

La historia de la Iglesia se abre por la persecución de la Sinagoga y los *Hechos* contienen ya las más auténticas y antiguas actas martiriales.

Es el cumplimiento, repetimos, de la profecía de Jesús y sólo ello acredita de sobrenatural al cristianismo.

Un milagro moral

El martirio es, en segundo lugar, un auténtico milagro en el orden moral más estupendo que los del orden físico.

Hemos visto en repetidos capítulos las torturas indecibles, bárbaras y, muchas veces, continuadas a que sujetaron a los mártires. ¿Cómo pudieron soportarlas sin desfallecer? Parece que eso supera abiertamente las fuerzas de la débil naturaleza. Una sola palabra hubiera bastado para sacar a San Lorenzo de sus parrillas rusientes, o a San Vicente del cepo y del potro y las horrendas tinieblas del calabozo, o a Perpetua y Felicidad y Blandina, Saturo, Atalo y Alejandro, del descuartizamiento entre las garras de las fieras. Sin embargo, allí permanecieron firmes, sin una queja, sin una señal de debilidad, plenos de la alegría del espíritu, sin soberbias ni majezas...

Eso es algo sobrenatural a todas luces: no hay fuerzas humanas para tanto. Es la fortaleza de Dios que transforma en héroes sobrehumanos a los mártires.

El prodigio sube de punto si consideramos en tan adversas circunstancias las continuas conquistas del Cristianismo.

Harnack calcula en 1.600 las diócesis constituidas con sus correspondientes Obispos, clero y fieles, al dar Constantino la paz a la religión cristiana...

¡Mil seiscientas diócesis repartidas por todo el Imperio desde Roma hasta el África y la Numidia, desde el Danubio hasta Germania y Gran Bretaña! Un vastísimo territorio casi tan grande como toda Europa, habitado por los pueblos más diversos en raza, en costumbres y en lengua, y todos conquistados para la fe en años de catacumba, contemplando a su alrededor afilar las espadas y encender las hogueras, estando ella, podemos decir gráficamente, en capilla...; eso es, ciertamente, milagroso, humanamente inexplicable.

El testimonio de los mártires

Es el tercer capítulo a que hicimos referencia. Mártir quiere decir testigo y eso es en realidad: testigo y testigo de sangre de la religión cristiana.

Esa es la apología suprema del cristianismo. Se apoya en un hecho incommovible: en la divinidad de Jesucristo demostrada por sus milagros y profecías y, sobre todo, por su resurrección de entre los muertos.

Los Apóstoles fueron testigos oculares. Ellos le vieron muerto y resucitado; con él convivieron durante cuarenta días después del maravilloso suceso, el mayor y único en la historia.

No podían ni siquiera dudar y llenos del proselitismo de la verdad, se lanzaron a la calle a dar testimonio de la misma. Fueron, como ellos mismos se decían, *testes resurrectionis*, testigos de la resurrección; no podían dejar de predicar lo que habían visto y oído y al fin sellaron con su sangre el testimonio predicado.

Les siguieron otros y otros, a través de los siglos, pero a todos transmitieron su seguridad incommovible, su persuasión inquebrantable.

Ciertamente, de hombres así no podemos menos de fiarnos. Su testimonio es seguro. No lo ha dado ni la conveniencia ni la vanidad, ni las miras humanas. Son el fruto sazonado de la convicción interna y sincera de la verdad.

XIV

EL TRIUNFO DEL CRISTIANISMO

Constantino y Majencio. — «Con esta señal vencerás.» — Batalla del Puente Milvio. — El edicto de Milán. — Nuevos favores a la Iglesia.

Han pasado los tres interminables siglos de la persecución romana. La religión proscrita sale de ellos bañada en su propia sangre, pero fuerte, pujante, conquistadora.

Ha pasado el invierno y tiene que venir la primavera.

También esto entraba en los planes de Dios.

Debía dársele tiempo a la gran Institución para reorganizarse convenientemente, para establecer su culto, su dogma, su jerarquía... Y esto es lo que iba a venir en adelante.

Constantino

El triunfo de la religión cristiana está vinculado a un nombre de feliz recordación en sus Anales: al gran Constantino.

Pocas veces se verá tan palpable como en él la intervención de lo sobrenatural en la historia.

Hacia unos años nada más que abdicara el sanguinario Diocleciano en 305 y después de las múltiples intrigas y cambios consiguientes, habían quedado dueños del Imperio de Occidente dos rivales incompatibles. El uno se llamaba Majencio, hombre duro y de costumbres disolutas y enemigo del Cristianismo, el otro Constantino, hijo de Constancio y de Santa Elena, la mujer buena y fuerte a la que la Iglesia estará eternamente agradecida.

El choque inevitable se produjo, al fin, entre los dos soberanos, por culpa de Majencio. Constantino era superior a su adversario en poder y como General; no obstante fué tan insen-

sato Majencio que le provocó abiertamente mandando derribar sus estatuas en Constantinopla y aun preparando un ejército contra él, que se hallaba en las Galias.

No tuvo más remedio Constantino que preparar a su vez, apresuradamente el suyo y dirigirlo con rapidez contra Roma.

Momentos peligrosos e inciertos aquéllos.

¿Le seguirían los soldados o se negarían, como los de Gale-rio, a luchar contra la metrópoli? Los generales, por su parte, no le animaban tampoco; hallaban demasiado atrevida la expedición y los adivinos declaraban que sería contra la voluntad de los dioses.

¿Qué hacer? Podemos imaginarnos las perplejidades y dudas que asaltaron su espíritu en tan decisivos momentos.

Pero vino Dios a auxiliarle y de una manera ostensible.

El mismo Constantino declaró después confidencialmente a Eusebio (Vit. Const. II, 14-16) que cuando solícito y meditabundo sobre su apurada situación y la magnitud de la empresa se dirigía contra Majencio, vió que sin auxilio superior, con sólo el ejército que llevaba no podía contar con la victoria.

Era pagano aún, aunque su madre le había inspirado los mejores sentimientos religiosos.

Determinó invocar el auxilio de lo alto: pero, ¿a cuál de los dioses dirigirse?

Entonces, prosigue él mismo, se le mostró una visión prodigiosa en el cielo. A eso del mediodía, cuando el sol comenzaba a declinar, vió con sus propios ojos la imagen de la cruz formada por luz más brillante aún que la emitida por el astro rey y como inscrita en su disco. Junto a ella se leían unas letras que decían: «Con esta señal vencerás».

El prodigio no lo presencié él solo, sino todo el ejército que conducía. Todos quedaron sobrecogidos de asombro y Constantino especialmente incierto y perplejo del alcance del fenómeno.

La noche vino a descifrar los enigmas.

El mismo Cristo, según su propio testimonio, se le apareció en sueños con la misma cruz que viera resplandecer en los cielos y le encargó hacer una imitación de ella y llevarla como estandarte en la batalla.

Constantino quedó convencido plenamente de lo sobrenatural del caso y al levantarse por la mañana comunicó a sus amigos el suceso misterioso y dió orden de fabricar la enseña.

He aquí otro curioso documento de procedencia pagana, con nuevos e interesantes pormenores.

«Andaba de boca en boca, dice Nazarius en su panegírico de Constantino, en todas las comarcas de la Galia, que se vieron ejércitos los cuales anuncia-

ban ser enviados por Dios en defensa del Caudillo. Y aunque raras veces, prosigue el orador, se ofrece algo celestial a los ojos humanos, porque la mirada obscura y débil del hombre no conoce la sustancia simple y sin mezcla de las naturalezas, no obstante, se dejaron ver y oír aquellos tus auxiliares, atestiguando tus méritos y no rehusando el contacto de la humana vista.

Un brillo espantoso centelleaba en sus escudos; la luz de las celestes armas ardía terriblemente, mientras se oía decir: "Vamos a Constantino; corremos a auxiliar a Constantino..."

Habían descendido del cielo y héchose tus guerreros» (Naz. Pan. 14).

La batalla

No había tiempo que perder. El providencial Caudillo hizo poner inmediatamente el nombre de Cristo en la insignia imperial: Era el *Lábaro* tan famoso desde entonces y consistente en una alargada lanza con un travesaño sobre el cual se fijaba un paño cuadrado, resplandeciente, con grabados de oro y de piedras preciosas. En él estaba la imagen de oro del Emperador y en la punta de la pértiga las letras del nombre de Cristo.

No hay que decir el efecto que tales prenuncios y visiones produjeron en el corazón de todos y especialmente en Constantino.

Quedó seguro de la victoria y sin pérdida de tiempo pasó los Alpes. Al llegar a Turín derrotó con facilidad a los generales de Majencio, que estaban desprevenidos y días más tarde, el 26 de octubre, se encontraba ya a las puertas de Roma.

Majencio quedó deslumbrado y en su aturdimiento abandonó la línea de defensa por extremo favorable que le ofrecía el otro lado del Tíber dejando como única retirada el puente Milvio...

La batalla quedó decidida pronto.

La caballería de Constantino envolvió a la de Majencio, cuyo ejército todo, lleno de pánico, se dispersó en ciega y desbaratada huida corriendo hacia el puente. Para colmo de desgracia, éste se hundió a su paso y el mismo Majencio cayó y pereció en sus aguas.

Era el 28 de octubre del año 312, día memorable y de júbilo eterno para el Cristianismo.

El héroe de la gran batalla hizo su entrada solemne en la ciudad en medio del delirio de la muchedumbre. La fe en Cristo y en su religión habían surgido espontáneamente en su alma. Su corazón rebosaba y sentía en sí algo de terror sagrado. Se sentía instrumento de Dios en sus designios.

Agradecido a su bienhechor se hizo representar con la cruz en la mano derecha y con la inscripción:

«Por esta saludable señal, símbolo de la verdadera fortaleza, libré a vuestra ciudad del tirano y restituí al senado y al pueblo su antiguo esplendor» (Euseb. H. E. IX, 9).

El edicto de Milán

Había llegado, por fin, el día de la liberación:

El edicto de Milán fué el documento político, el acta de la victoria de la religión cristiana.

Lo redactaron reunidos en la ciudad de este nombre, Constantino y Licinio emperador del Oriente en enero del 313.

En él se consignaba, ante todo, la más amplia tolerancia religiosa y se permitía a los cristianos el público y libre uso de su religión sin que pudieran ser molestados por nadie. Asimismo la restitución incondicional de sus bienes confiscados y el derecho de dejar legados a las Iglesias.

Nuevos favores completaron, en años sucesivos, los ya otorgados.

En 315 se concedió la exención de tributos ordinarios a los bienes eclesiásticos. Fué borrada de entre las penas, la muerte de cruz en atención y respeto al suplicio del Redentor. Se prohibió marcar con hierro candente el rostro de los hombres, pues no se podía deformar y profanar la imagen de Dios. Quedaron prohibidos los juegos gladiatorios y los criminales condenados se debían emplear en el laboreo de las minas para que, sin derramamiento de sangre, se les hiciera reconocer sus delitos.

Una nueva era, como se ve, comenzaba para el mundo. Surgía un nuevo derecho de gentes, fruto de la suavidad y humanidad cristianas. La religión proscrita, y anatematizada, imponía su espíritu a la nueva sociedad.

No obstante, sus buenos servicios y convicción no quiso Constantino recibir el bautismo hasta poco antes de su muerte porque le parecía no poder permanecer libre de pecados.

Victoria sobre Licinio

Licinio era, como ya sabe el lector, Emperador del Oriente.

Contra lo pactado en el decreto de Milán no sólo no dió paz a los cristianos de su jurisdicción sino que, lleno de mala voluntad hacia ellos, siguió hostigándoles en cuanto pudo.

Por fortuna para la religión vino otra vez el choque entre los dos agustos y la victoria de Constantino.

Todo el imperio quedaba ya bajo el mando único del afor-

tunado hombre providencial y el Cristianismo cosechó nuevos favores.

Desde esta última victoria, el 323, hizo desaparecer de las monedas todos los símbolos paganos.

En un edicto especial se declaró cristiano y expresó su deseo de que todos sus súbditos le imitaran.

Puso en los sitios de mayor confianza a los fieles de esta religión y confió a Lactancio la educación de Crispo, su hijo y heredero. Más aún: apoyado en que los templos paganos eran focos de corrupción prohibió, en edictos correspondientes, los cultos inmorales como el de Venus, el Ephaka en Fenicia y el de Esculapio en Egea.

Finalmente, lleno de munificencia y devoción regaló a los Papas el Palacio de Letrán y construyó la gran Basílica de San Pedro, de proporciones gigantescas, lo mismo que la de San Pablo y San Lorenzo extramuros, las de Santa Inés y Marcelino.

Desde el año 313 había tomado como consejero y confidente al gran Obispo de Córdoba, Osio, a quien confió la ejecución de todas sus disposiciones religiosas.

LA MUERTE DEL PAGANISMO

Teodosio. — Su ascensión al trono de los Césares. — Victorias contra Máximo y Eugenio.

Si Constantino fué el artífice de la liberación y paz de la Iglesia y la hizo religión del Estado, Teodosio fué el que consumó la gran obra y dió el golpe de muerte al paganismo.

Algunos datos sobre el nuevo hombre enviado por Dios en sus altos designios providenciales.

Nació en Cauca, hoy Coca, en la provincia de Segovia, en España, el año 347. Su padre era Magister Militum y en su compañía luchó en Britania y Norte del Africa. A la muerte de él se retiró a su patria y allí llevaba vida privada hasta que el Emperador Graciano, que guardaba de él los mejores recuerdos, le llamó en ayuda suya.

En el trono de los Césares

Es, como su padre, nombrado Magister Militum y alcanza una brillante victoria contra los sármatas en Panonia. Graciano le nombra «Augusto» y le encomienda Oriente e Iliria. Teodosio da muestras de ser un gran militar al mismo tiempo que hábil político. Combate contra los godos, alanos y hunos que ya irrumpían sobre el imperio y los rechaza hacia el Danubio. Un año más tarde, en 380, obliga, asimismo, a los visigodos a retirarse a los Balcanes.

Muerto Graciano, vence en Aquileya, en una decisiva batalla, al usurpador Máximo y entra apoteósicamente en Roma. Es ya el único dueño del imperio. En su misma entrada triunfal en

la capital del mundo, exhortó elocuentemente al pueblo a abandonar el paganismo y a hacerse cristiano. Ello es indicio de su arraigada convicción religiosa y **pronuncio**, al mismo tiempo, de lo que sería su reinado.

Su antecesor Graciano había dejado ya el título de Pontífice Máximo que conservara Constantino y sacado definitivamente del Senado la famosa estatua de la Victoria. Era el símbolo de la caída del paganismo.

Teodosio no sólo conservó lo hecho sino que prosiguió con mano firme la obra antipagana.

En el año 385 publicó la orden de que nadie se atreviera a escudriñar las entrañas de las víctimas para averiguar supersticiosamente las cosas presentes o futuras, según la arraigada costumbre pagana de las adivinaciones.

Todos los súbditos del Imperio debían profesar la fe que el Príncipe de los Apóstoles San Pedro había, desde el principio, transmitido a los romanos.

En 391 promulgó un edicto contra los sacrificios de los templos gentílicos y aun contra la entrada en los mismos bajo la sanción de 15 libras de oro... Al siguiente impuso la pena de lesa majestad a los que participaran en el culto pagano.

Eran, como se ve, medidas aniquiladoras contra aquél.

Con ellas quedaban no sólo vacíos los templos sino aun inútiles.

Por desgracia y, por una reacción lamentable, pero que fácilmente nos explicamos, fueron incluso demolidos algunos de ellos notables por su magnificencia y antigüedad.

El Obispo Teófilo, de Alejandría, hizo cerrar el de *Dyonisios*, de aquella capital y para poner en ridículo y a la pública vergüenza, a los paganos su superstición, mandó exponer los fallos que se habían hallado en él.

Más sensacional fué la destrucción del gran santuario de *Serapis*, de la misma ciudad, consagrado a aquella divinidad egipcia.

Llegó a haber verdaderos combates en las calles entre cristianos y gentiles. Cuando la lucha se hubo calmado, el *Serapeion*, uno de los más espléndidos edificios del mundo antiguo al par del Capitolio, fué destruido hasta los cimientos. Los paganos creían que una injuria inferida a la veneranda imagen de *Serapis* tendría por consecuencia el hundimiento del cielo y que la tierra se volvería al caos; pero, triste desengaño para los mismos: Un soldado cristiano deshizo de un golpe, osadamente la cabeza del gran ídolo sin que pasara nada.

¡Lección demoladora!

Se había visto la impotencia de los antiguos dioses y ello

constituyó una positiva propaganda para abrazar el Cristianismo.

Por el mismo modo fueron destruidos los templos de Arabia y de Palestina. Los de Damasco y Baalbek fueron conservados y consagrados en cristianos por orden del Emperador.

En 394 se celebraron, por última vez, los juegos olímpicos y la estatua de Zeus de Fidias fué llevada a Constantinopla en donde pereció en el gran incendio de los tiempos de León Isáurico.

En Roma cesó por completo el culto de los ídolos. Los sacerdotes fueron expulsados y abandonado el mismo Capitol. La herrumbre y las telarañas lo invadieron todo...

Se habían ido los antiguos dioses y comenzaba una nueva era, la era de la religión en espíritu y en verdad, la era del Cristianismo.

Victoria contra Máximo y Eugenio

Todavía restaban glorias y méritos al gran general y Emperador Cristiano.

Argobastro, soberbio y atrevido gelo, había ante sí y de por sí, adornado con la púrpura imperial a su amigo, el retórico Eugenio.

Como el Clero de Milán, al frente del que se hallaba San Ambrosio, se negase a dar la comunión a Eugenio, exclamó Argobastro en su altivez: «Si vuelvo vencedor haré de la Iglesia un establo para mis caballos y convertiré en soldados a los clérigos.»

Se entablaba una nueva lucha con el espíritu pagano.

Teodosio salió rápidamente con su ejército contra él.

Era el año 394.

Eugenio fué sorprendido por la rápida llegada de Teodosio, el cual se apoderó de los pasos alpinos.

A Argobastro le alentó el número de sus soldados, mayor que el de Constantino y confiaba en la victoria.

En 5 de septiembre se dió la primera batalla junto a Wippach que quedó indecisa.

Sus generales aconsejaron a Teodosio que se retirara y esperara refuerzos, pero él contestó:

«No, la cruz no puede retirarse ante los ídolos», y ordenó el ataque para el día siguiente.